

Encuentro con Eduardo Manet, nuestro hombre en París (Título)

Encuentro con el director de cine y escritor cubano Eduardo Manet en París, donde vive desde 1951, aunque entre 1961 y 1968 volvió a Cuba y realizó para el Icaic seis documentales y tres largos de ficción; trabajó en el teatro y ejerció la crítica artística (Sumario)

Altercine/ Erian Peña Pupo/ junio, 2023

[Eduardo Manet](#) (Santiago de Cuba, 1930) vive en París desde 1951. En enero de 1960 regresó a La Habana como jurado del primer Premio Casa de las Américas y se quedó para llevar a escena la obra de teatro ganadora: *Santa Juana de América*, del argentino Andrés Lizárraga. Regresó a Francia en 1968, luego de un trabajo escénico y de crítica de cine y teatro, y sobre todo, después de realizar para el recién fundado Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (Icaic) seis documentales y varios largometrajes de ficción, obras que siguen siendo poco conocidas hoy.

Los documentales son los siguientes: [El negro \(1960\), el primero que aborda la temática racista en la producción del Icaic](#); *Napoleón de gratis* (1961); *En el club* (1962); *Portocarrero* (1963); *Show* (1964) y *Salinas* (1967). Y los largometrajes de ficción: *Tránsito* (1964), *Un día en el solar* (1965), primer musical en technicolor realizado por el Instituto, y *El huésped* (1967), cuyo guion escribió con [Julio García Espinosa](#); además de finalizar *Realengo 18* (Oscar Torres, 1961). Dejó sin acabar un documental homenaje a la mítica fundadora del Ballet Nacional de Cuba: *Alicia*.

Hasta la calle de la Corderie, en Marais (Subtítulo)

Aun en la inmensidad de la urbe, París representaba la posibilidad de abrazar a Eduardo Manet. Nos encontramos en un mayo primaveral que había dejado las lloviznas de la semana anterior y que ofrecía un sol perfecto para caminar hasta uno de los más viejos y cosmopolitas barrios no solo de la capital francesa, Le Marais, donde vive. Mi apretada agenda, en la que habíamos acordado encontrar horarios vacíos o modificar compromisos para vernos, incluía esa tarde dos lugares a los que se podía ir a pie desde su casa: el Museo Picasso y el llamativo Centro Pompidou.

El encuentro coronaba de alguna manera varios años de amistad y de una correspondencia frecuente, a veces con varios correos por semana, en donde Manet y yo hablamos de muchísimas cosas: de sus primeros años, su trabajo como joven autor teatral en Cuba antes de llegar a París en 1951 –por ejemplo, una obra suya fue la primera en estrenarse en la televisión en nuestro país–, sus estrenos con Teatro Prometeo y Francisco Morín, y los días fundacionales de la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, vanguardia de la cultura en los inicios de la década del cincuenta.

Además volvía siempre al diálogo –matizado por nuestros trabajos y proyectos, lo que hacíamos cada cual en ese momento, la vida cultural y política de Francia y Cuba– su regreso a la isla, las puertas abiertas en el teatro como fundador del Conjunto Dramático Nacional con una pléyade de importantes actores, y su quehacer en el Icaic, en una época dorada de la producción de cine en Cuba.

Precisamente sobre su trabajo en el Icaic, entre 1960 y 1968, investigué para mi tesis de [Maestría en Cine Latinoamericano y Caribeño](#), organizada por la Universidad de las Artes-ISA y la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano; investigación que defendí en abril en el propio Instituto.

Por eso cuando nos encontramos parecía que Eduardo Manet y yo, que tengo edad para ser su bisnieto, nos conocíamos de toda la vida o al menos desde hace mucho. Habíamos quedado de vernos debajo de su edificio, que antes fue un convento y en los turbulentos años de la Revolución Francesa terminó con las monjas violadas y asesinadas, hasta acabar en casa de apartamentos. En ese sitio –me cuenta– en 1911, en el parque frente a la gran puerta del número 16, Jean Jaurés hizo el elogio fúnebre de los suicidas Laura Marx y su esposo, el cubano Pablo Lafargue.

En Les Vitelloni, como en un filme de Fellini (Subtítulo)

Allí vive Manet desde hace más de treinta años, en la pequeña y agitada calle de la Corderie, junto a su esposa Fátima, actriz. Y allí nos encontramos para ir a almorzar al cercano restaurante italiano Les Vitelloni, frente a Carreau du Temple. El restaurante es un homenaje al Federico Fellini del filme *Los inútiles (I vitelloni)* de 1953, protagonizado por Alberto Sordi. Ir allí es también un homenaje de Manet a su admirado Fellini (de ambos), cuyo cine influyó en los jóvenes directores cubanos que en los 50 soñaban con la pantalla grande y fueron con esos sueños hasta Roma, a estudiar en el Centro Sperimentale di Cinematografia (Cinecittá).

Ir allí fue –de alguna manera– como evocar aquellos años en que [Tomás Gutiérrez Alea \(Titón\)](#), García Espinosa, Néstor Almendros, el propio Manet y otros amigos creyeron que el norte de la brújula apuntaba a Roma. Pero Eduardo nunca llegó a estudiar en Cinecittá, aunque sí vivió en la ciudad.

De La Habana pasó a Nueva York, pues quería ver Broadway primero, y de ahí a París, mientras sus amigos estudiaban bajo el influjo surrealista que tanto influyó en la producción del Icaic en sus primeros años. “En septiembre de 1951 –ha contado– llegué por mi lado a Francia, desembarcando en el puerto normando del Havre, con la idea de atravesar el país rumbo a Roma. El destino quiso que de París no pasara, al menos en un primer tiempo, y que luego viviera allí hasta 1960”.

En una carta a Germán Puig, fechada en la capital italiana en noviembre de 1951, Titón escribe: “Me da pena que Manet no haya podido matricular, pues me escribió una carta donde se mostraba muy desengañado con París. Yo sé, desde luego, que este año allá puede aprovecharle en muchos sentidos, pero creo que esto hubiera sido mucho mejor para ustedes”. Y en otra carta, de mayo de 1953, el joven director le cuenta a Manet sobre la culminación de sus estudios y la intención, lejana entonces, de quedarse como asistente de un reconocido director italiano como Luigi Zampa, por el prestigio y el interés que tiene en ayudar a los jóvenes; y porque García Espinosa sería asistente de su próximo filme, *Años fáciles*.

En París llegó con una carta de Eva Fréjaville, “la esposa efímera de Alejo Carpentier”, que se enamoraría del pintor Carlos Enríquez. La nota era para el director de teatro y actor Jean-Louis Barrault. “Como yo era joven y tenía la insolencia de mi edad le dije sin ambages a Barrault que quería estudiar para escribir teatro. Me miró de arriba abajo y me dio un consejo muy valioso: «Déjeme decirle que Ud. debería comenzar como Molière, es decir, empiece como actor para que entienda el resto». Y fue así como empecé a asistir a su escuela en un momento en que el gran Roger Blin, actor, director y quien dio a conocer a Jean Genet, ejercía allí como profesor”.

En la incertidumbre se permanecer en París, regresar a Cuba, donde Fulgencio Batista había dado el golpe de Estado, o ir a España, donde no le “hacía mucha gracia Francisco Franco”, Manet se encontró con el dramaturgo Samuel Beckett en los jardines de Luxemburgo. “Le conté que me encontraba en una encrucijada porque mi lengua era el español, pero en Francia todo se hacía en francés”.

No importa la perfección sino la autenticidad (Subtítulo)

El futuro Premio Nobel le dijo que “uno podía escribir en la lengua que quisiera, sin preocuparnos mucho por parecer perfectos, pues lo que contaba era que fuéramos auténticos” (esa premisa, la de ser auténticos antes que perfectos, puede rastrearse en el cine de Manet en el Icaic).

Entonces ya el irlandés escribía en francés, como lo haría Manet en esos años, cuando envié, estando en Roma, un cuento para una antología que organizaba la editora belga Françoise Mallet-Joris para la casa Julliard y fue seleccionado. Hoy, que es un autor prolífero y reconocido en el complejo circuito editorial francés, sigue haciéndolo en el idioma de Marcel Proust. En París, siendo miembro de la compañía de Jacques Lecoq, “un referente en el teatro del gesto, mimo y movimiento”, conoce la noticia del triunfo de la Revolución cubana, y al año siguiente recibe una carta de Haydée Santamaría, invitándolo a integrar el jurado de Teatro del [Premio Casa de las Américas](#).

Otra misiva llegó por esos días: la firmaba Titón el 17 de noviembre de 1959 y lo animaba a sumarse a las labores del Icaic. Ambas invitaciones y el fervor que en el mundo causaba la Revolución cubana con su mucho de juventud, justicia social e ilusión hacen que la duda que albergaba Titón se difumine y Manet llegue a Cuba en enero de 1960, junto a su esposa y su hijo de tres años.

Arriba poco antes de que Casa inaugure un Premio –con una fuerte carga simbólica en el escenario latinoamericano– cuyo jurado de Teatro integró junto a los también cubanos Mirta Aguirre, Humberto Arenal y Mario Parajón.

Conversamos en Les Vitelloni un poco de esto y de su cine –temas de los que hemos hablado muchas veces–, pero es una historia con muchas ramificaciones que abordaremos en otro momento.

Me despedí esa tarde, rumbo al Museo Picasso, de un hombre que en sus más de nueve décadas es un mito de la cultura cubana, del director de *Un día en el solar*; del autor de *Las monjas*, obra montada por Blin, todo un suceso en el París de finales de los 60, y que lo convirtió en uno de nuestros grandes exponentes, con Piñera y Pepe Triana, del teatro del absurdo. Nos despedimos con un abrazo y Manet, apoyado en su bastón, comenzó a caminar hacia la calle de la Corderie (2023).

Frase resaltada 1:

El encuentro coronaba de alguna manera varios años de amistad y de una correspondencia frecuente, a veces con varios correos por semana, en donde Manet y yo hablamos de muchísimas cosas: de sus primeros años, su trabajo como joven autor teatral en Cuba antes de llegar a París en 1951 –por ejemplo, una obra suya fue la primera en estrenarse en la televisión en nuestro país–, sus estrenos con Teatro Prometeo y Francisco Morín, y los días fundacionales de la

Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, vanguardia de la cultura en los inicios de la década del cincuenta.

Frase resaltada 2:

De La Habana pasó a Nueva York, pues quería ver Broadway primero, y de ahí a París, mientras sus amigos estudiaban bajo el influjo surrealista que tanto influyó en la producción del Icaic en sus primeros años. “En septiembre de 1951 –ha contado– llegué por mi lado a Francia, desembarcando en el puerto normando del Havre, con la idea de atravesar el país rumbo a Roma. El destino quiso que de París no pasara, al menos en un primer tiempo, y que luego viviera allí hasta 1960”.

Palabras clave: cine cubano, Eduardo Manet, documental, Icaic, cine de ficción, Cuba, París

Foto 1: El autor con Eduardo Manet en París, mayo de 2023 (foto del autor)

Foto 2: Manet, Gutiérrez Alea y García Espinosa en un invierno europeo (foto cortesía de Eduardo Manet).

Foto 3: Filmación del documental El negro en 1960 (foto cortesía de Eduardo Manet).

Foto 4: Manet en La Habana, segunda mitad de la década del 60 (foto cortesía de Eduardo Manet).

Foto 5: En 1968 Manet regresó a París, Francia, ciudad donde reside (cortesía de Eduardo Manet).

Nota: Artículo original de la versión publicada en IPS.